

Dientes en la arena

SEUDONIMO: MANAFOLK

23-02-2006

Renata sabe que el no dormir es una jodedura de la mañana, sobre todo detrás del mosquitero de la puerta que da al patio, más que nada si tiene que sacar un bicho muerto de entre los malvones (ahora ocurre eso) después del no dormir, y baldear. Es la primera vez que sobre la tierra seca con lombrices profundas, se agolpan las moscas y no hay escoba que le alcance para hacer disparar el zumbido, la charlatanería de puntos negros, debajo del calor, entre las plantas.

Ahora la mañana se le ha convertido en eso: en verano, en vacaciones, en un perro callado, a la noche.

Hablándose de esas cosas marea o desgasta las baldosas con la escoba, mientras oye un eco de tambores, un chorro inicial que golpea el fondo vacío del balde.

Antes de que muriera Antonio, unos meses antes, sacamos la cuenta: treinta y dos años hacía que veraneábamos en Pinamar. Usted se acordará. Cuando nació Felisa, ¿se acuerda qué peludita y negrita era?, Antonio decidió comprar una casa allí. Y todos los eneros era instalarse y ocuparse de Felisa; la cuidábamos del sol, de los mosquitos y de que no comiera arena. Hasta del zumbido de las moscas la cuidábamos. De aquella época se acordará, Hortensia. Habrá visto esa manía que tienen las criaturas de no dar descanso, ni siquiera en vacaciones. Usted tiene nietos, Hortensia, y habrá visto cómo se llevan todo a la boca; además se acordará lo desmejorada que me dejaba el tema del no dormir, enero tras enero. Qué niña aquella, si no era por los masajes en la panza no había manera de enterarse que había comido arena; y eso pasaba a la noche porque no había cristo que le quitara la

manía de comérsela a puñados, dura se le ponía la panza, y había que ver cómo dormía Antonio mientras duraba el masaje en la panza de Felisa, y mientras no duraba, también. Era como si para Antonio, Felisa fuera uno de los tantos bolsos que cargábamos en el auto; lo único que la diferenciaba del resto del equipaje era ese revoltijo de pelos tan particular para sus años. Ojo, Hortensia, que no le quiero hacer creer que Antonio dijera esas cosas de su hija, pero para mí, el no dormir era una cosa insoportable; y verlo a él tan plácido, tan a pierna suelta tendido en la cama, me hacía pensar en esas cosas. Diga que de joven todo se tolera, pero recordará lo desmejorada que me venía de Pinamar, enero tras enero. Yo era joven, Antonio también. Pero el renegar y renegar me fue haciendo perder el sueño casi definitivamente. Y por eso fue que no quise darle hermanos a Felisa.

Ay, Hortensia, tantos años sin verla y usted que viene a verme justo hoy. Diga que el no dormir me deja ocuparme de la casa en la madrugada. De todas maneras, con toda la madrugada a mi disposición, no he podido terminar con el patio que no sé por qué se ha llenado así de moscas. Parece mentira, tantos años pendiente de ellas, de que no le robaran ni un minuto de sueño a Felisa y ahora, en ese patio, no hay escoba que alcance para espantar el zumbido entre los malvones. Pase, oiga cómo zumban. Diga que el perro de Felisa es un santo. Sí, Hortensia, me han encajado un perro, todo enero en casa. A mis años. Diga que es un amor, que ni parece perro. Me lo han encajado con la excusa de que Antonio odiaba los perros, sobre todo en la playa, dentro de la casa, en Pinamar. Felisa se fue de vacaciones con mi yerno y mi nieto, a la casa que compramos con su padre y me han encomendado el perro a mí, diga que es un amor. Me han dejado sola: con el calor, el no dormir y el perro; diga que parece una persona. Oiga, ni se lo oye.

No sabe muy bien que ha pasado, ahora echa un baldazo para enjuagar las moscas, para ver si se dejan de retumbar en las orejas. Ve un bolso peludo y negro entre los malvones, un tajo sangrado asoleándose entre las hojas verdes, amarillas, en las que el calor se anda sentando, y las flores también se quieren ir para abajo, como si el calor fuera excusa para toda caída. Hay un hocico con un corte y Renata no sabe qué explicación tiene lo del bolso, pero del hocico se acuerda. Mucho se acuerda de lo poco que ha podido dormir, de los gatos que le caminan (y otras cosas) por el techo, de unos retos dados en camión.

Nunca quiso perros, ni uno, y en la madrugada eso lo tuvo muy en cuenta. No aprende a envejecer entre el no dormir y las desconsideraciones de Felisa; eso también lo tuvo muy en cuenta en la madrugada. Ahora que lo del bolso peludo y negro entre los malvones no lo recuerda bien, pero echa baldazos porque la tierra con agua se traga todo bocado, por engordado que sea. Hablándose de esas cosas marea o desgasta las baldosas con la escoba, mientras oye un eco de tambores, un chorro inicial que golpea el fondo vacío del balde.

Y usted me dice que su hijo le hace lo mismo. Ahora que de bebé era un santo, lloraba como cualquier criatura, no había que andar adivinando qué era lo que le pasaba; era blanco y lampiño como un pollo hervido, y no daba el trabajo que daba Felisa. De eso me acuerdo bien. Pero bueno, el caso es parecido, su marido murió casi a la par del mío y, aunque haya criaturas que nacen retorcidas, peluditas, pareciera que la viudez de las madres no hace distinciones, y todas terminamos condenadas al atropello. Qué quiere que le diga, basta que una se quede viuda para que los hijos le pierdan el respeto, pero es una la que no termina de aprender cómo se ponen los límites.

Mire, Hortensia, esa casa de la costa, sin Antonio, ya no se resiste a los perros. Todo es cuestión de pasar una escoba y se terminan los pelos, no vaya a creer que no le dije a Felisa todo esto antes de que partiera a Pinamar. Pero ella, con la excusa de que yo necesito una compañía, y de que además la necesito en enero, me ha encajado el perro. No le digo que no sea cierto que Antonio odiaba los perros, diga que es un santo, que parece una persona. Oiga el silencio, cuánto hace que estamos charlando y no ha soltado ni un solo ladrido. Pero lo que es el respeto por la madre, eso sí que se ha perdido, y usted misma me lo está contando, Hortensia. Por fin ha venido a verme, tanto tiempo sin saber nada la una de la otra y yo con tan poca cosa que contarle. Es cierto, tiene razón Felisa, necesito una compañía. Diga que usted ha venido a visitarme, que si es por el perro que ella me dejó, pobre santo, la única compañía que hace, se la hace a los malvones. La verdad es que da envidia verlo dormir todo el día entre las plantas, si hasta me recuerda a mi marido a veces. Ahora que de noche le cuesta un poco, le agarra como una picazón, pobre bicho. Y en eso me recuerda a la niñez de Felisa, se retuerce como si hubiera comido arena y la quisiera digerir mientras duerme, pero para enterarse de la picazón que le agarra hay que quedarse mirándolo toda la madrugada, es inútil esperar que lllore, que se queje como dios manda. Vio cómo les cuesta a los animales cambiar de casa, diga que éste es un santo.

El balde es de plástico y hay cosas que la tierra demora en tragarse por más que Renata eche y eche agua. No recuerda con precisión lo del corte en el hocico, pero ya está grande para andar trepando a los techos y alguien debía haber llamado a los gatos. Recuerda una oveja masticada con los párpados, la número mil; se recuerda harta de obligarse al sueño, de inventar corrales para encerrarlo. Recuerda la cama, la textura de las sábanas riendo a sus espaldas, amiga de los gatos y su juega de tejas arañadas. Sabe que la noche

ha sido larga porque le duelen las mejillas y la frente de saber que el sol existe, porque las patadas al balde son de impaciencia.

Ahora que de los pelos del bolso negro recién se entera. En la madrugada todo fue un hocico jugando con un palo y unas patas, parecidas a las de un perro, entre los malvones. Recuerda haber pensado en Felisa, en la casa de Pinamar, en Antonio. Y después de jugar con el palo de la escoba: hocicazos y hocicazos, las patas esgrimiendo un boxeo de juguete y los gatos allí arriba, de juerga y otras cosas. “Mil ovejas conté esperando que te hicieras perro y ladraras, harta estoy de verte callado y sin quejarte de nada”. Se habla a sí misma como en la madrugada le habló al hocico mientras él se dejaba rascar por el palo de la escoba y unas patas.

Mira el palo lastimado, el balde; se mira las manos secas de sangre y recuerda un hocico rascándose, dando cabezazos al palo de tanta picazón. Golpeando el palo hasta sangrarse y sangrarlo.

Hablándose de esas cosas marea o desgasta las baldosas con la escoba, mientras oye un eco de tambores, un chorro inicial que golpea el fondo vacío del balde.

Diga, Hortensia, que Felisa no es de extrañar a los animales; y no es que me ande menospreciando ante usted, después de tantos años usted ya me conoce, pero el hecho es que a mí tampoco me extraña. Qué quiere que le diga, las mujeres extrañamos a quien nos trata mal. Ojo, Hortensia, que como le digo que el perro es un santo, también le digo que esos gatos del techo comen ratones endiablados, y cómo gritan a la noche; pero el no dormir lo vengo arrastrando de hace años, desde que me pasaba las madrugadas masajeando la panza de Felisa, en Pinamar, mientras Antonio se hacía envidiar los ronquidos, la flojera de los labios entregados al sueño.

El no dormir hace que Renata mire la escoba, que todo sea rojo en la mirada que le hace ajeno el patio. El bolso es rojo como malvones agarrados a escobazos, como un hocico mordiéndose a sí mismo. A Renata le crecen las uñas un poco y bien le gustaría arañar un perro o morder un gato, a cada segundo todo crece un poco y el no dormir deja que ella lo note. Se dice que tiene que ser Hortensia quien comprende que todavía no haya terminado de baldear el patio. Que tiene que ser la hija la desconsiderada, que tienen que ser gatos los que le arañan el techo, que tiene que estar en Pinamar la casa que compró con su marido, hace más de treinta y dos años, que tiene que ser arena lo que le ponía dura la panza a Felisa.

Que tiene que ser de aquella época el origen del no dormir.

Ahora la mañana se le ha convertido en eso: en verano, en vacaciones, en un perro callado, muerto, que se deja tragar por la tierra, a baldazos.

Hablándose de esas cosas marea o desgasta las baldosas con la escoba, mientras oye un eco de tambores, un chorro inicial que golpea el fondo vacío del balde.